

15 de agosto

Ecuador



Luz en la selva

El adolescente bajó del autobús y miró a su alrededor. Nunca había visto edificios tan altos y calles tan transitadas. No había tiempo para mirar el escenario, puesto que tenía una misión que cumplir. ¿Pero a dónde debía ir? Oró: «Dios, llévame a los que guardan tu sábado». Y comenzó a caminar.

Pasó frente a negocios atestados y esquivó carros en las calles. Se detuvo frente a un cine y vio a la gente entrar en él. Los siguió y también entró, aunque no sabía qué encontraría. Unas personas le dieron la bienvenida y lo hicieron pasar a una sala que se estaba llenando de gente. Se sentó y esperó.

El largo viaje de Juan

Juan vive en una pequeña aldea en la selva al sureste de Ecuador. Los habitantes de su aldea saben muy poco de Dios. Asistió a una escuela secundaria en otra aldea. Recibió un Nuevo Testamento y lo leyó con entusiasmo. Descubrió verdades acerca de Dios que parecían llenar un vacío en el corazón. Juan le pidió a Dios que le enseñara cómo seguir a Jesús.

Caminó hasta otro pueblo para comprar víveres. Allí encontró un libro viejo y comenzó a leerlo. El Libro confirmó lo que había estado leyendo en su Biblia. Anhelaba encontrar la iglesia que guardaba el sábado del cual hablaba.

¡Sintió que debía encontrar a esas personas! A los 19 años de edad salió y se internó en la selva hasta llegar al siguiente pueblo en busca de las personas que guardaban el sábado, una caminata de tres días. Pero en ese lugar nadie sabía nada acerca de las personas que guardan el sábado.

«Vaya a Ambato» le dijo alguien. Así que Juan usó el poco dinero que tenía para comprar un boleto de autobús que lo llevaría a Ambato. Llegó tarde ese día y comenzó a caminar en busca del pueblo de Dios. Pronto encontró un teatro.

Encuentra al pueblo de Dios

Una persona comenzó a hablar. Juan escuchaba emocionado mientras el orador hablaba acerca del sábado y otras verdades que había encontrado en la Biblia. ¡Dios había guiado sus pasos desde la selva hasta este teatro para que encontrara a la gente que guarda los mandamientos!

Después de la reunión Juan buscó al pastor y le dijo: «¡Quiero bautizarme!» El pastor se sorprendió y le pidió que se reuniera con él al día siguiente. Un miembro laico le ofreció un lugar donde quedarse y el pastor lo visitó la mañana siguiente. Habló con él; y se dio cuenta que el joven conocía la Palabra de Dios, y aceptó bautizarlo el sábado siguiente. Juan nunca había entrado en una iglesia adventista hasta entonces.

Un Dios para compartir

Juan estaba ansioso de regresar a su casa para compartir su nueva fe. Les dijo a los aldeanos:

«Tenemos un Dios que nos ama y quiere reunirse con nosotros en su santo sábado, y enseñarnos muchas cosas».

Al principio pocas personas escucharon el mensaje. Pero conforme compartía su fe durante los siguientes cuatro meses, poco a poco la gente comenzó a aceptar lo que les decía.

Juan necesitaba ayuda para enseñar a la gente. Para satisfacer esta necesidad hizo el largo viaje hasta la ciudad de Ambato para pedir al pastor que visitara su aldea y le ayudara a enseñar las buenas nuevas a su pueblo. El pastor decidió acompañarlo, y ambos volaron hasta un aeropuerto en la selva. Allí los encontraron algunos de los aldeanos quienes les ayudaron a transportar su equipo a la aldea. El viaje duró un día y medio, a través de espesas selvas infestadas de mosquitos, con ríos y en medio de un calor sofocante.

Primeros frutos de la fe

El pastor enseñó varias clases al día sobre salud, vida matrimonial y familiar, y otras verdades de la Biblia como la importancia del sábado. Como Juan ya había enseñado estas verdades al pueblo, al final de la semana 15 personas estaban preparadas para bautizarse. Muchos de quienes aceptaron las verdades bíblicas no podían bautizarse porque los hombres tenían dos esposas.

Después que el pastor regresó a Ambato, Juan continuó compartiendo la Palabra de Dios en las aldeas circunvecinas. Cinco meses después el pastor regresó para enseñar durante otra semana y para bautizar a18 personas más, la mayoría de las cuales eran hombres que habían dejado a su segunda esposa.

Un pastor de otra denominación visitó la aldea donde vivía Juan y se sorprendió al ver que casi todos asistían a los cultos de adoración los sábados. Los aldeanos habían construido una iglesia sencilla con materiales del lugar, la cual se llenaba de adoradores.

La Agencia de Desarrollo y Rehabilitación adventista auspició un programa de alfabetización durante seis meses para enseñar a la gente a leer la Biblia. Los miembros de la iglesia de Ambato se hicieron presentes y condujeron un ministerio de salud y un programa de Escuelita Bíblica de Verano.

Una iglesia en crecimiento

Cuatro años han pasado, y actualmente la iglesia adventista de la aldea donde vive Juan cuenta con más de 135 miembros que han entregado sus vidas a Dios. Algunos de los nuevos creyentes ayudan a esparcir el mensaje de Dios en aldeas vecinas que están deseosas de recibir el evangelio. Hoy hay capillas sencillas en diferentes aldeas.

Juan agradece a Dios por haberlo guiado a la Iglesia Adventista y por ayudarlo a compartir el mensaje del evangelio con otros. Sus ofrendas misioneras ayudan a sostener a Juan mientras trabaja entre la gente indígena del sureste de Ecuador.